

IV.

BIOGRAFIA AUTÉNTICA DE ALIAGA.

Pide el mejor éxito de nuestra empresa que comencemos por bosquejar la biografía del dominico zaragozano, con sujecion á documentos no contradichos por otros que puedan disputarles la primacía. (23)

Nació Luis Aliaga en Zaragoza, de antigua é hidalga estirpe, por los años de 1565. Oriunda su familia de noble cepa arraigada en Teruel y su comarca, gozaba de merecido renombre, que cobrara con sus bizarrías cuando las guerrias de la reconquista. Cosecharon los antecesores de

Aliaga no pocos laureles en el dicho Teruel, en Villavieja y Angrisuela, peleando denodados junto á los caudillos que pugnaban por ensanchar las fronteras del solar aragonés, harto reducidas y amenazadas por la furia de los mahometanos. Gracias á sus méritos, subió Juan Aliaga al elevado puesto de secretario de Pedro IV, y sus descendientes, cultivando las virtudes que le adornaran y dilatando las cualidades propias de su raza, grangeáronse cargos, honores y recompensas tan preciados en la paz como difíciles y no comunes en la guerra. (24) Así un poeta, al celebrarse en 1619 el nombramiento de Inquisidor general con que el Rey habia favorecido á Aliaga, pudo escribir estos versos: (25)

Prosigue los trofeos inmortales
De sus Aliagas (no alabados harto)
Que gloria y honra á estos reinos fueron.

Ingresaba Aliaga á los diez y siete años de edad en la orden de Predicadores, vistiendo su hábito en el convento de Santo Domingo del mismo Zaragoza, y como el acto de la profesion suponía forzosamente un espacio anterior de prueba ó noviciado, no es despropósito asentar que de la infancia pasó al monasterio, donde con la anticipacion debida se preparó al acto decisivo de toda su vida. Prosiguió sus comenzados estudios en el mismo establecimiento, atrayéndose la simpatía del Padre Jerónimo Javierre, varon de mucha doctrina y prendas singulares, quien decidido á

protejerle, dióle en 1599 un oficio de monjas. (26) Hallámosle en 1600 leyendo teología en el propio convento; graduóse doctor en 1602, y en el siguiente obtuvo la cátedra de Santo Tomás en la célebre universidad cesaraugustana. Ocupó Aliaga tan señalado puesto «con eminencia y satisfaccion grande,» desempeñando su cometido con provecho de sus oyentes y general aplauso. (27) Calificábasele de discípulo amantísimo y notablemente aprovechado del Padre Javierre, cuya discrecion, perspicacia y superiores talentos se elogiaban sin tasa, y como confirmacion del afecto con que este le distinguia, citan varios autores el hecho de que habiendo tomado posesion la órden en 1604 del nuevo convento de San Ildefonso que erigia la piedad del mercader Alonso Villalpando, Javierre, general de los dominicos á la sazón, eligiólo para regirlo, nombrándolo su prior.

Continuaba Aliaga al frente de su cátedra cuando elevado Javierre en 1606 al rango de confesor del monarca, debió aquel seguirle á la córte, explicándose así como poco despues le vemos dirigiendo la conciencia del poderoso valido duque de Lerma. Confiriósele en Enero de 1607 el cargo de Provincial de Tierra Santa, nombrósele tambien visitador de la provincia de Portugal, y habiendo finado Javierre en 2 de Setiembre de 1608, en ocasion que residia en Valladolid, Aliaga acompañó su cadáver á la Córte, á donde llegó el 10 de Octubre siguiente, segun escribe el

cronista Luis Cabrera de Córdoba. (28) Entónces, apreciando el rey la confianza y el alto concepto en que Javierre le habia tenido, nómbrale su confesor, entrando á desempeñar su nuevo y delicado ministerio en Diciembre del propio año.

A partir de aquella fecha, la preponderancia de Aliaga iba á dilatarse sin encontrar barreras que fueran bastante fuertes para detenerla. Apoderado de la voluntad del soberano, que solo en el nombre reinaba, llevó la corriente de los públicos negocios por el cauce de su arbitrio y su capricho. Reflexionando Felipe III, descubrió que la órden de Santo Domingo cifraba desde los tiempos mismos del inolvidable Torquemada los mayores triunfos de la Santa Inquisicion, y aconsejándole la piedad premiase los eminentes servicios prestados al altar y al trono, instituyó dos plazas perpétuas en los Consejos supremos del Tribunal de la Fé de Castilla y Portugal, ordenando que habian de ser desempeñadas precisamente por frailes dominicos. Siendo el fin de este acuerdo favorecer á Aliaga, eligiósele para el primero de los nuevos destinos. Formó parte asímismo de los Consejos de Hacienda y de Estado y en lo sucesivo, dióse tales trazas, que no hubo negocio de mayor ó menor cuantía en que el soberano debiera intervenir, que no pasara antes por su exámen, dándole la solucion que estimaba mas prudente. Laborioso y activo, trabajaba incansable en el despacho de las numerosas consultas que le ha-

cian los altos cuerpos del Estado, y se conservan varios códices (29) repletos de un cabo al otro, de comunicaciones suyas autógrafas, en que aquellas se evacuaban. Estudiándolas se vé que por espacio de muchos años fué Aliaga quien de hecho reinó en España. Lo mismo se le pedia parecer sobre el nombramiento de un capellan ó de un obispo, que sobre una providencia peculiar á la milicia; tanto sobre si se debía conceder ó no una gracia, como si procedía la demanda de un particular ó de un ayuntamiento: el confesor, para decirlo de una vez, entendía en todo y de todo; administracion, hacienda, jurisprudencia, política, derecho internacional, diplomacia, teología, todo comparecía en último término ante su tribunal, en todo era apto y competente. No exajeró por cierto, el poeta que en 1619 escribió encomiándole: (30)

.....así el amor incita
Del gran Filipo y de la córte toda,
Que ya colgada de sus lábios pende.

Ocioso fuera negarlo; Aliaga fué el Mentor reconocido y acatado del augusto príncipe que dejaba á otros el gobierno de la monarquía, mientras él asistía á la brama de los toros en el Pardo ó á la caza de palomas torcaces en la Ventosilla; el oráculo de aquella córte ignorante, supersticiosa y corrompida que acudía en tropel á ver perdigar un inocente niño en la Plaza Mayor y que se asombraba de que hubiera llegado á Sevi-

lla la flota de América sin que el fisco expoliase la fortuna de los particulares. (31)

Acrecentóse el poderío del fraile zaragozano con los años sin que fueran parte á amenguarlo las asechanzas de rivales astutos y poderosos. Tocó su valimiento en las nubes, pudiendo un dia derribar á sumismo protector el duque de Lerma, quien era reemplazado por un hijo suyo, el duque de Uceda, estrechamente unido al dominico. Felipe III, que no sabia como recompensar su celo y sus buenos oficios, llamóle á sentarse en la silla arzobispal de Toledo, honra que renunció Aliaga, deseando que se premiase con ella al infante D. Fernando. Tanta modestia reclamaba su galardón, y el rey obligóle entonces á que aceptase la pingüe dignidad de Archimandrita de Mesina. Debía el favorecido trasladarse á Sicilia, mas contraviéndose las leyes establecidas y saltándose sobre la conveniencia de aquella provincia, con olvido manifiesto de toda justicia, continuó Aliaga en Madrid no sin recojer las crecidas rentas de la codiciada prebenda. (32)

Aun pensó el rey que podía acumular mayores beneficios sobre las espaldas del humildísimo y menesteroso confesor. Nómbrale en consecuencia prior de San Andrés de Plaza, y agrega á los conocidos otros oficios no menos honrosos que lucrativos. Aliaga se resigna á todo y su favorecedor, persona de estrecha conciencia, por lo visto, le otorga la última prueba de agradecimiento, co-

locándole en 1618 á la cabeza de la Inquisicion de las Españas. De este modo puso en sus manos el cetro que regia no solamente la vida exterior de los súbditos de tan dilatados dominios, sino que inquiria y penaba los actos mas íntimos de la conciencia.

Celebró Zaragoza, sin distincion de clases y con extraordinarios regocijos, el encumbramiento del vástago nacido y criado en las orillas de su caudaloso rio, y en Madrid hubo embajadas, visitas y festines con ocasion de tanta bienandanza. (33) Aliaga, que habia segundado los designios del fanatismo tocante á la persecucion y estrañamiento de los moriscos que en España quedaron al amparo de sagrados pactos y solemnes promesas; Aliaga, responsable en mucho de las desgracias que agobiaban á la monarquía, recibia ahora como premio el poder mas escesivo de edad tan calamitosa.

Enfrenada la envidia, muda la murmuracion, abatidos los émulos por pertinaces y recios que fueran, no halló el confesor quien le detuviera en sus locas y desapoderadas ambiciones. La realeza, el clero, la clase noble, la burguesia, las órdenes monásticas, los hombres de negocios y hasta la gente militar, humilláronse ante aquella cogulla que no tenia otras armas para imponer su yugo que no fueran la religion y el confesonario.

Pero todo tiene su término en el mundo. Regresó Felipe III de la jornada de Portugal,—que

Aliaga aconsejara ó permitiera,—luchando entre las ansias de la muerte y sus remordimientos. Pudo llegar á Madrid, donde al borde ya de la tumba, confesóse apenado y triste de haber seguido durante trece años los consejos del dominico. (34) Renunció á que este le asistiera en el último trance, y llamando á sí al Padre Florencia, varon ejemplar, falleció en sus brazos el 31 de Marzo de 1621.

No bien se hubieron cerrado los ojos del monarca, cuando apoderándose el bando de Olivares de las riendas del gobierno, comprendió el confesor que su estrella se eclipsaba para siempre. Con este convencimiento abandonó la cámara mortuoria, y un cronista contemporáneo refiere que se le vió bajar en una silla de manos sin que nadie le acompañase, ni aun le mirase con buena cara. Otro añade que nadie le hizo reverencia ni cortesía. (35)

Pocas horas despues, en virtud de orden suprema, tuvo que desalojar la casa en que vivia, gozando del privilegio conocido por la Regalía del Aposento, anunciándosele de paso que cesaba en la direccion de la real conciencia. Desatáronse en su desdoro, conocida su desgracia, las lenguas de los cortesanos y del vulgo; llovieron sátiras en verso y prosa contra su persona, echáronse en cara sus vicios y sus torpezas, y cumplíanse solo seis dias desde la muerte de Felipe III, cuando su sucesor recibia un papel sobre lo que habia de ha-

cerse antes de establecer estilo nuevo de gobierno; y allí, hablándose de Aliaga con los peores modos, decíase que lo mas urgente era apartarle de donde pudiera ejercer influjo ó presión sobre la marcha de los públicos negocios. (36)

Tal debia ser la persuacion de los consejeros del nuevo rey cuando este dirigió al ex-confesor una cédula con fecha 22 del citado Abril (37) previéndole que en el término de dos dias se presentara á recibir órdenes de su superior en la ciudad de Huete. Cumplió Aliaga este mandato, abandonando la corte el 28; quitárosenle los oficios que desempeñaba, viajó sin compañero, solo con dos criados, y en llegando á su destino, confinósele en un cenobio que en paraje desierto poseia la orden de Predicadores. (38)

Ni aun con esto se calmaron sus enemigos. Menudeaban los anónimos en su daño y en unos versos atribuidos á Villamediana designábasele con el apodo de Sancho Panza, acusándosele de ser uno de los cómplices de Osuna. (39) Mediante cierta denuncia abrióse contra él y su hermano Isidoro, arzobispo de Valencia, un procedimiento criminal, achacándoseles haber divulgado papeles que cedian en menoscabo de aquel reino. Y la Inquisicion sujetóle á su tribunal como reo de luteranismo y materialismo. Salió bien del primer proceso y el segundo quedó en sumario á su muerte. (40)

Sospéchase que en Marzo de 1612 residia en

Barajas de Melo; en Julio de 1623 en Hortaleza, y se sabe que de aquí se le sacó para Talavera, ordenándosele que no se moviera sin permiso de la Côte. Á mediados de 1626 se le descubre otra vez en Huete, trasládase luego á Zaragoza, donde viejo, enfermo y de todos olvidado, enciérrase á principios del mismo otoño en su celda, que abandonaria cadáver el 3 de Diciembre siguiente. Hizo su hermano que le labraran en Génova costoso mausoleo: sepultósele en medio del coro de la Iglesia de su convento, tras el retablo, y en el pedestal de este se escribió un largo epitafio que referia los méritos, servicios y preeminencias del finado, concordándose con las leyendas que en el mismo tenor honraban sus retratos.